



“IX. Formando rostros y corazones: los ideales de la educación prehispánica”

p. 159-174

Miguel León-Portilla

*Obras de Miguel León-Portilla*

*Tomo III. Herencia cultural de México*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2006

288 p.

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 970-32-2627-2 (volumen III, pasta dura)

ISBN 970-32-2626-4 (volumen III, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras\\_leon\\_portilla/466.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/466.html)

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## IX. FORMANDO ROSTROS Y CORAZONES: LOS IDEALES DE LA EDUCACIÓN PREHISPÁNICA\*

### 1. INTRODUCCIÓN

Con dos preguntas de sentido crítico daré principio a esta presentación. Una concierne a la existencia misma de lo que podría llamarse un sistema educativo en el México prehispánico. La pregunta es ésta: aparte de la educación de los niños en el hogar, como ha sido el caso entre todos los grupos humanos, ¿había allí escuelas en las que los maestros enseñaban formalmente, siguiendo planes que abarcaran determinadas materias? La segunda pregunta, muy relacionada con la anterior, puede enunciarse así: de haber testimonios fehacientes acerca de la existencia de escuelas y lo que llamaremos un sistema educativo entre los pueblos prehispánicos, ¿es posible conocer en qué consistía tal sistema?

De la respuesta que podamos dar a estas dos preguntas se seguirá si lo que aquí quiero presentar es meramente fruto de la imaginación y de suposiciones o, por el contrario, tiene como fundamento información derivada de fuentes genuinas e irrefutables.

Como pienso que existen dichas fuentes, antes que nada me referiré a ellas, mostrando su origen y valor. Por una parte hay algunos códices o libros de pinturas y también otras formas de registro con signos glíficos que ofrecen noticias acerca de lo que era la educación en el México prehispánico. Comenzaré por los registros con pinturas y signos glíficos. De ellos se conoce una treintena que tiene como soporte las paredes de cerámica de otros tantos vasos cilíndricos y policromados del periodo clásico maya, hacia el siglo VIII d.C.

En esos vasos, de extraordinaria finura y belleza, hay escenas en que se contempla a uno o varios *ah tz'ib*, escribano, o *ah miatz*, sabio, acompañados de sus discípulos a los que está enseñando valiéndose de un códice o libro. También hay en esos vasos inscripciones glíficas,

\* *La educación superior en el proceso histórico de México*. Secretaría de Educación Pública, Universidad Autónoma de Baja California y Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Educación Superior, Tijuana, 2001, t. I, p. 7-34.



algunas de las cuales han sido ya descifradas. Versan ellas sobre la enseñanza que el maestro está impartiendo. Tales registros en cerámica son los testimonios más antiguos que se conocen hasta ahora sobre educación prehispánica en Mesoamérica. Añadiré que hay dos obras publicadas en que se estudia este género de vasos.<sup>1</sup>

De los códices o libros que se conservan hay unos pocos con imágenes de escenas referentes también a la educación. Uno es el llamado *Códice Mendocino*, pintado en la década de los años cuarentas del siglo XVI a solicitud del virrey de la Nueva España, don Antonio de Mendoza. En dicho códice se contemplan representaciones de una *tehpuchcalli* (“casa de jóvenes”), y de un *calmécac* (“escuela sacerdotal”), así como de maestros con sus discípulos en diversas actitudes de aprendizaje. Otro códice con parecidos géneros de imágenes y textos en náhuatl es el conocido como *Florentino*, resultado de las penetrantes investigaciones llevadas a cabo por fray Bernardino de Sahagún, también en el siglo XVI.

Otros códices merecen también especial atención. Aunque en ellos no hay escenas referentes a la educación, consta que pudieron ser empleados en las escuelas prehispánicas, ya que hay testimonios de que en ellas se enseñaban sus contenidos. Tales códices —todos de origen prehispánico— son los que se conservan con los nombres de algunos de sus propietarios europeos o de los lugares en que se encuentran. Hay cinco de procedencia mixteca, cuatro del área maya y otros cinco de la región central de México. A ellos pueden sumarse otros, mucho más numerosos, pintados en los años que siguieron a la Conquista.

Sus contenidos coinciden con las materias que investigadores del siglo XVI —los franciscanos Toribio de Benavente (Motolinía), Andrés de Olmos, Francisco de las Navas, Bernardino de Sahagún y Diego de Landa, así como los dominicos Bartolomé de las Casas, Pedro de los Ríos y Diego Durán— relataron que se enseñaban en las escuelas prehispánicas. Las materias impartidas, como se lee en un texto en náhuatl, eran el arte del bien hablar —*in cualli-tlahtolli*—, los cantos que llamaban cantos divinos siguiendo el camino de sus libros —*in cuicatl, in quilhuia teucuicatl amoxotoca*—, los libros de los días y los destinos —*in tonalpohualli*—, los libros de los sueños —*in temicamatl*— y los anales o libros de los años, *ihuan xiuhamatl*.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Michael D. Coe, *The Maya Scribe and his World*, Nueva York, The Grolier Club of New York, 1973, y Francis Robicsek y Donald M. Hales, *The Maya Book of the Dead. The Ceramic Codex*, Charlottesville, The University of Virginia Art Museum, 1981.

<sup>2</sup> *Códice Florentino*, 3 v., editado por el gobierno mexicano a través del Archivo General de la Nación, 1979, I, apéndice al libro III, f. 39.

Descripciones muy parecidas sobre lo que era la enseñanza en las escuelas de mayas y nahuas las proporcionan sobre todo fray Diego de Landa y fray Diego Durán.<sup>3</sup> Ahora bien, de los códices que se conservan, además de algunos con registros de tributos, la mayoría son de los géneros de los *tonalpohualli* (libros de los días y los destinos); o de temas religiosos, relacionados con lo expresado en los cantares divinos, y asimismo algunos, como los de la Mixteca, de tema histórico, anales o *xiuhamatl*.<sup>4</sup>

A estas fuentes de incuestionable origen indígena, deben sumarse no pocos textos en náhuatl, entre ellos varios *huehuehlahtolli* (testimonios de la antigua palabra), y asimismo varios cantos divinos, *teucucatl*, que se transcribieron en fechas tempranas del siglo XVI. Su transvase al alfabeto en su lengua original se hizo a partir de lo registrado por algunos códices y la tradición oral vigente en las antiguas escuelas. Una rigurosa crítica histórico-filológica ha llevado a comprobar, respecto de varios de ellos, su autenticidad. En el caso de los *huehuehlahtolli* puede añadirse, como algo muy sorprendente, que parecidos, expresados en lengua indígena, se siguen transmitiendo hasta hoy en varias comunidades.<sup>5</sup>

Estas son las principales fuentes que nos certifican de la existencia de un sistema educativo prehispánico, su contenido y sus ideales.

## 2. ROSTROS Y CORAZONES

Con frecuencia aparece en los antiguos textos la expresión *ixtli*, *yollotl* (“rostro, corazón”, en náhuatl) y también *ich*, *pucsikál* (con idéntico significado en maya yucateco). En ambas lenguas dicha expresión pertenece al género de los que Ángel María Garibay llamó “difrasismos”. La definición que él dio del elemento estilístico que es el difrasismo es ésta: “Consiste en aparear dos metáforas que, juntas, dan el simbólico medio de expresar un solo pensamiento”.<sup>6</sup>

<sup>3</sup> Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, edición de Héctor Pérez Martínez, México, Editorial Pedro Robredo, 1938, p. 79 y *passim*, y Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, edición de Ángel María Garibay K., 2 v., México, Editorial Porrúa, 1967, II, p. 187-196.

<sup>4</sup> Sobre los códices mixtecos de contenido histórico-genealógico, véase, Alfonso Caso, *Reyes y reinos de la Mixteca*, 2 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1979.

<sup>5</sup> Varios de estos *huehuehlahtolli*, pronunciados en tiempos modernos, han sido publicados por Miguel León-Portilla en “Yancuic Tlahtolli: Nueva Palabra. Una antología de la literatura náhuatl contemporánea”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, 1986, v. 18, p. 143-169.

<sup>6</sup> Ángel María Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, 2 v., México, Editorial Porrúa, 1953-1954, I, p. 19.



Muy numerosos son los difrasismos en náhuatl y en maya, y es interesante notar que no pocos coinciden. Atendamos a estos dos ejemplos:

*Petlatl, icpalli*                      *pop, ts'am*

En ambas lenguas su significado es “estera, sitial”. Metafóricamente denotan “señorío, gobierno”.

*Iteuh, iquauh*                      *uche, utum*<sup>7</sup>

El significado de estos vocablos en las dos lenguas es “su piedra, su palo”. Como metáfora, aluden a la idea de “castigo”.

Volviendo a *ixtli, yollotl*, “rostro, corazón”, encontramos que este difrasismo aparece de diversas formas en textos que versan sobre asuntos relacionados con la educación. Así, entre los testimonios que hizo transcribir fray Bernardino de Sahagún sobre parentescos y diferencias de edades entre los pueblos de lengua náhuatl, en uno se describe al hombre maduro con las siguientes palabras:

El hombre maduro:  
un corazón firme como la piedra,  
corazón fuerte,  
un rostro sabio,  
dueño de un rostro,  
comprensivo.<sup>8</sup>

En esta descripción, que suena ya como un enunciado de la figura ideal del hombre maduro, las palabras “rostro, corazón”, se repiten varias veces. Con ellas se señala lo que es propio de la persona, lo que verdaderamente la integra. Esto se corrobora al encontrar en discursos y otras alocuciones formas de dirigirse a otros con palabras como éstas: “Hago reverencia a vuestros rostros, a vuestros corazones [...]”.<sup>9</sup>

Como vamos a verlo, este difrasismo (rostro, corazón) es empleado con frecuencia en testimonios tocantes a la educación. Los sabios indígenas pensaban que, en su capacidad de maestros, su misión era formar rostros sabios y dar rumbo y fortaleza a los corazones.

<sup>7</sup> Munro S. Edmunson registra estos y otros ejemplos en *The Ancient Future of the Itza. The Book of Chilam Balam of Tizimin*, Austin, University of Texas Press, 1982, p. 212-213.

<sup>8</sup> *Códice Florentino*, II, libro X, f. 7v.

<sup>9</sup> *Códice Matritense*, 3 v., edición de Francisco del Paso y Troncoso, Madrid, 1907-1908, VIII, f. 118v.

### 3. LAS ESCUELAS PREHISPÁNICAS Y LO QUE EN ELLAS SE ENSEÑABA

Hay en el conjunto de textos que se conocen como *huehuehtlahtolli* (testimonios de la antigua palabra), varios discursos con los que los padres y madres de familia hablan, instruyen y amonestan a sus hijos e hijas. Puede decirse que en esas expresiones de la palabra afloran las principales normas y principios considerados centrales en la educación prehispánica. Recordaré aquí, como muestra, las palabras del padre náhuatl a su hijita que ha llegado ya a la edad de razón. En ellas le descubre el velo de la vida y le hace ver el meollo mismo de lo que hay de malo y de bueno en la tierra:

Aquí estás, mi hijita, mi collar de piedras finas, mi plumaje de quetzal, mi hechura humana, la nacida de mí. Tú eres mi sangre, mi color, en ti está mi imagen.

Ahora recibe, escucha: vives, has nacido te ha enviado a la tierra el Señor Nuestro, el Dueño del cerca y del junto, el hacedor de la gente, el inventor de los hombres.

Ahora que ya miras por ti misma, date cuenta. Aquí es de este modo: no hay alegría, no hay felicidad. Hay angustia, preocupación, cansancio. Por aquí surgen, crecen el sufrimiento, la preocupación. [...]

Dicen que en verdad nos molesta el ardor del sol y del viento. Es éste lugar donde casi perece uno de sed y de hambre. Así es aquí en la tierra.

Oye bien, hijita mía, niña mía: no es lugar de bienestar en la tierra, no hay alegría no hay felicidad. Se dice que la tierra es lugar de alegría penosa, de alegría que punza.

Así andan diciendo los ancianos: para que no siempre andemos gimiendo, para que no estemos llenos de tristeza, el Señor Nuestro nos dio a los hombres la risa, el sueño, los alimentos, nuestra fuerza y nuestra robustez y finalmente el acto sexual, por el cual se hace siembra de gentes.

Todo esto embriaga la vida en la tierra, de modo que no se ande siempre gimiendo. Pero, aun cuando así fuera, si saliera verdad que sólo se sufre, si así son las cosas en la tierra, ¿acaso por esto se ha de estar siempre con miedo? ¿Hay que estar siempre temiendo? ¿Habrá que vivir llorando?

Porque se vive en la tierra, hay en ella señores, hay mando, hay nobleza, águilas y tigres. ¿Y quién anda diciendo siempre que así es en la tierra? ¿Quién anda tratando de darse la muerte? Hay afán, hay vida, hay lucha, hay trabajo. Se busca mujer, se busca marido.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> *Códice Florentino, op. cit., II. libro VI, f. 76r.*

Tras recibir esa primera educación en el hogar, que se prolongaba a veces hasta los diez o doce años de edad, seguía luego la comunitaria y formal en las escuelas.

De las escuelas que había entre los mayas dan testimonio algunos cronistas, entre ellos fray Diego de Landa. Al igual que en el caso de los nahuas de la región central de México, se refiere que, para transmitir sus enseñanzas, los maestros se valían de libros o códices. Allí, con imágenes y signos glíficos, se conservaba el meollo del saber acerca de los dioses, la recordación del pasado, el conocimiento acerca de los destinos y de los valores morales. Y, como ya dijimos, de tiempos muy antiguos, en el que se conoce como periodo Clásico, se conservan imágenes policromas de maestros y discípulos, pintadas en la superficie de algunos vasos de cerámica, mostrando que la educación entre los mayas tenía hondas raíces culturales.

Me referiré a un vaso, proveniente del sur de la península yucateca. En él se ve a un *ah tz'ib* (“escribano” y “maestro”), con rasgos que recuerdan a la divinidad solar, sentado frente a dos jóvenes que son sus discípulos. El anciano reaparece en el mismo vaso mostrando a sus discípulos un libro. En otra mano tiene un pincel. En la parte superior del vaso hay una inscripción que habla de la abundancia de cosechas de maíz de las que se obtiene el alimento. El texto se ha interpretado como alusión metafórica del anciano maestro que describe a sus estudiantes la importancia de la escritura como alimento del pensamiento.<sup>11</sup>

En el caso de los pueblos de idioma náhuatl, el *Códice Mendocino* ofrece dos imágenes con la figura del maestro cada una, sentado éste frente a una escuela. En la parte superior de una se lee la palabra *calmécac*, equivalente a “escuela sacerdotal” y en la otra, *telpuchcalli*, “casa de jóvenes”. En ambos casos se contempla también la figura de un estudiante que se dirige al encuentro de su respectivo maestro. El *Códice Florentino*, con los testimonios en náhuatl que recogió Sahagún, habla con relativa amplitud acerca de estas dos clases de escuelas y también sobre los *cuicacalli*, “casas de cantos”. Aunque de ordinario concurrían al *telpuchcalli* los hijos de los macehuales o gente del pueblo, en el caso de algunos muy capaces se les aceptaba en un *calmécac* en compañía de los descendientes de nobles. Los textos nos dicen que, poco tiempo después de nacidos, sus padres los consagraban a los dioses protectores, bien sea de una u otra de esas escuelas:

<sup>11</sup> Véase la obra, ya citada, de Francis Robicsek, *The Maya Book...*, p. 53 y 61.



Cuando un niño nacía, lo ponían sus padres en el *calmécac* o en el *telpuchcalli*. Es decir, prometían al niño como un don y lo llevaban al *calmécac* para que llegara a ser sacerdote, o al *telpuchcalli* para que fuera guerrero.<sup>12</sup>

De gran interés es el hecho de que todos los niños y jóvenes nahuas acudían a una u otra forma de escuela. Un acertado comentario acerca de esto expresó el investigador francés Jacques Soustelle:

Es admirable que en esa época y en ese continente un pueblo indígena de América haya practicado la educación obligatoria para todos y que no hubiera un solo niño mexicano del siglo XVI, cualquiera que fuese su origen social, que estuviera privado de escuela.<sup>13</sup>

Antes de describir el género de vida que se llevaba en esos centros de educación y las materias que se impartían en uno y en otro, importa presentar la figura ideal del *tlamatini* (“sabio”), precisamente en su papel de educador. El mismo *Códice Florentino* nos habla de él con elocuentes palabras:

El sabio: una luz, una tea, una gruesa tea  
que no ahuma.  
Un espejo horadado, un espejo agujerado  
por ambos lados.  
Suya es la tinta negra y roja, de él son los códices,  
de él son los códices.  
Él mismo es escritura y sabiduría.  
Es camino, guía veraz para otros.  
Conduce a las personas y a las cosas,  
es guía en los negocios humanos.  
El sabio verdadero es cuidadoso como un médico  
y guarda la tradición.  
Suya es la sabiduría transmitida,  
él es quien la enseña, sigue la verdad.  
Maestro de la verdad, no deja de amonestar.  
Hace sabios los rostros ajenos,  
hace a los otros tomar una cara (una personalidad),  
los hace desarrollarla.  
Les abre los oídos, los ilumina.  
Es maestro de guías, les da su camino.

<sup>12</sup> *Códice Matritense*, op. cit., I, libro III, apéndice, f. 29v.

<sup>13</sup> Jacques Soustelle, *La vie quotidienne des aztèques*, Paris, Hachette, 1955, p. 203.



De él uno depende.  
Pone un espejo delante de los otros,  
los hace cuerdos, cuidadosos;  
hace que en ellos aparezca un rostro.  
Se fija en las cosas, regula su camino, dispone y ordena.  
Aplica su luz sobre el mundo.  
Conoce lo que está sobre nosotros y la región  
de los muertos.  
Cualquiera es confortado por él,  
es corregido, es enseñado.  
Gracias a él la gente humaniza su querer  
y recibe una estricta enseñanza.  
Conforta el corazón, conforta a la gente,  
ayuda, remedia,  
a todos cura.<sup>14</sup>

La primera parte de este testimonio describe al sabio en sí mismo. Se le compara con la luz de una gruesa tea que, iluminando, no ahúma. Luego se dice que es un espejo horadado por ambos lados, es decir como un *tlachialoni*, especie de cetro con un espejo perforado en la punta, que era parte del atavío de algunos dioses y se decía que servía para contemplar a través de él la tierra y las cosas humanas. A continuación se le atribuye al sabio ser dueño de la tinta negra y roja, o sea, de aquello que se empleaba para escribir los códices. Amplificando esto, se añade que él es precisamente dueño de los códices, también escritura en sí mismo y sabiduría. Pasando ya a la relación del *tlamatini* o sabio con quienes están a su alrededor (es decir sus discípulos), el testimonio lo presenta como “camino y guía para otros”. En posesión de la sabiduría y como custodio de la tradición, es “maestro de la verdad que no deja de amonestar”. Su principal preocupación es “hacer sabios los rostros ajenos”, lograr que sus discípulos vayan forjando su propia fisonomía, su personalidad. Para ello les abre los oídos, los ilumina. Pone también un espejo delante de los otros para que vean cómo va formándose su propio ser moral.

En lo que concierne al contenido de sus enseñanzas, aparece el sabio aplicando su luz sobre el mundo, es decir, que inquiere acerca de cuanto existe en la tierra. Pero también se preocupa por lo que se halla sobre nosotros, eso que expresa el vocablo nahua *topan*, y asimismo acerca del más allá, el *Mictlan*, la región de los muertos. Así como quiere hacer sabios los rostros de sus discípulos, también conforta su

<sup>14</sup> *Códice Matritense* VIII, f. 118.

corazón. El testimonio nos dice que *itech netlacaneco*, “gracias a él la gente humaniza su querer”.

Tanta importancia se concedía al tema de la educación que, así como se describe en los textos la figura ideal del maestro, también se incluyen amplias referencias al género de vida que se llevaba en las escuelas, las normas de su funcionamiento y las enseñanzas que allí se trasmitían. Tres fuentes principales se conservan acerca de esto. Además de los ya mencionados *Códices Florentino* y *Mendocino*, existe otra colección de *huehuetlahtolli* con varios párrafos que tratan de esto mismo. Muy interesante es que las tres fuentes coincidan en las noticias que proporcionan. Veamos lo que se nos dice sobre lo que hoy llamaríamos el “reglamento” de un *calmécac*, para la formación de los estudiantes. Estos son los puntos principales de dicho texto:

Barrían y limpiaban la casa todos muy de madrugada.

Los muchachos ya grandecillos iban a buscar puntas de maguey...

Iban a traer a cuestras, la leña del monte que era necesaria para quemar en la casa cada noche [...]

Cesaban del trabajo un poco tempranillo y luego iban derechos a su monasterio a entender en el servicio de los dioses y ejercicio de penitencia, y a bañarse primero [...]

La comida que hacían la guisaban en la casa del *calmécac*.

A la puesta del sol comenzaban a aparejar las cosas necesarias.

A media noche todos se levantaban a hacer oración [...]

En lo que concierne a las materias que se impartían se nos dice:

Les enseñaban a los muchachos a hablar bien y a saludar y a hacer reverencia.

Les enseñaban todos los versos de cantos para cantar, que se llamaban cantos divinos, los cuales versos estaban escritos en sus libros por caracteres[...]

Y más, les enseñaban la astrología indiana y la interpretación de los sueños y la cuenta de los años [...]<sup>15</sup>

La enseñanza de tipo intelectual enfatizaba el uso del buen lenguaje. La mejor prueba de que en esto salían aprovechados los jóvenes la tenemos en los múltiples discursos que se conservan y que reflejan la existencia de bien formados oradores. En cuanto al aprendizaje de los cantares y otros textos, siguiendo para ello el contenido de los códices,

<sup>15</sup> *Códice Florentino*, I, libro III, apéndice, f. 37.



me referiré, como una muestra, al que se conoce como *Códice Borgia*, de origen prehispánico. En él se incluyen varias formas de presentar al *tonalpohualli*, la cuenta de los días y los destinos. Se señalan allí en cada caso cuáles son las distintas deidades que presiden los varios periodos de tiempo. Hay también en él una amplia sección que trata de rituales celebrados en los templos y fuera de ellos. En esa sección, además de encontrarse las normas para la celebración de las fiestas, se ilustran algunas de las complejas formas de relación entre los seres humanos y los dioses. Como sería largo describir todo el rico contenido de este códice, citaré lo que el cronista Diego Durán expresó sobre estos manuscritos:

Tenían maestros que les enseñaban y ejercitaban en todo género de artes militares, eclesiásticas y de astrología por el conocimiento de las estrellas, de todo lo cual tenían grandes y hermosos libros de pinturas y caracteres de todas estas artes por donde las enseñaban. Tenían también los libros de su ley y doctrina por donde los enseñaban, en donde hasta doctos y hábiles no los dejasen salir sino ya hombres.<sup>16</sup>

Contemplando las imágenes del *Códice Mendocino* puede verse cómo ilustraban mucho de lo que en náhuatl expresa el *Florentino*. A su vez, el ya citado *huehuetlahtolli* dice, entre otras cosas, lo siguiente:

Se les enseñaba la *cuicapiquiliztli*, arte de componer cantos, y también la *tlahtolpenaliztli*, selección de los vocablos adecuados para expresarse. Otro tanto se hacía respecto del tambor y la sonaja, es decir la música. También se impartían conocimientos acerca de los cielos; cómo el sol, la luna y las estrellas se mueven en los que se decía los nueve estratos celestes. Y se valían también de los que se llaman libros divinos que hablan de Tloque Nahuaque, el Dueño del cerca y del junto.<sup>17</sup>

#### 4. PARECER DE BERNARDINO DE SAHAGÚN SOBRE LA EDUCACIÓN PREHISPÁNICA

Como puede verse, además de las formas de acción dirigidas a fortalecer el corazón y a capacitar a los estudiantes en las varias artes, la formación intelectual en los *calmécac* era muy rica. No es de extrañar, por tanto, que el iniciador de la moderna antropología, Bernardino de

<sup>16</sup> Diego Durán, *op. cit.*, I, p. 191.

<sup>17</sup> "Huehuetlahtolli A": *The Art of Nahuatl Speech. The Bancroft Dialogues*, editado por Frances Karttunen y James Lockhart, Los Ángeles, University of California Press, 1987, p. 149-155.

Sahagún, se expresara con admiración acerca del sistema náhuatl de educación. Por ello mucho se dolió de su abandono después de la Conquista. De lo que manifestó, citaré una parte:

En lo que toca a que eran para más en los tiempos pasados, así para el regimiento de la república, como para el servicio de los dioses, es la causa porque tenían el negocio de su regimiento [su educación] conforme a la necesidad de la gente. Y por esto los muchachos e muchachas criábanlos con gran rigor, hasta que eran adultos, y esto no en casa de sus padres, porque no eran poderosos [capaces] para criarlos como convenía, cada uno en su casa, y por esto los criaban en comunidad, debajo de maestros muy solícitos y rigurosos, los hombres a su parte y las mujeres a la suya. Allí los enseñaban cómo habían de honrar a sus dioses, y cómo habían de acatar y obedecer la república y a los regidores de ella.

Tenían bravos castigos para castigar a los que no eran obedientes y reverentes a sus maestros [...]. Era esta manera de regir muy conforme a la filosofía natural y moral, porque la templanza y abastanza de esta tierra, y las constelaciones que en ella reinan, ayudan mucho a la naturaleza humana para ser viciosa y muy dada a los vicios sensuales. Y la filosofía moral enseñó por experiencia a estos naturales que para vivir moralmente y virtuosamente era necesario el rigor y la austeridad, y ocupaciones continuas en cosas provechosas a la república.

Como esto cesó por la venida de los españoles, y porque ellos derrocaron y echaron por tierra todas las costumbres y maneras de regir que tenían estos naturales, y quisieron reducirlos a la manera de vivir de España, así en las cosas divinas, como en las humanas, teniendo entendido que eran idólatras y bárbaros, perdióse todo el regimiento [educación] que tenían [...].

Es gran vergüenza nuestra que los indios naturales, cuerdos y sabios antiguos, supieron dar remedio a los daños que esta tierra imprime en los que en ella viven, obviando a las cosas naturales con contrarios ejercicios; y nosotros nos vamos al agua abajo de nuestras malas inclinaciones [...] Buen tino tuvieron los habitantes de esta tierra, antiguos, en que criaban sus hijos e hijas con la potencia de la república y no los dejaban criar a sus padres, y si aquella manera de regir no estuviera tan inficionada con ritos y supersticiones idolátricas, paréceme que era muy buena y, si limpiada de todo lo idolátrico que tenía y haciéndola del todo cristiana, se introdujese en esta república indiana y española, cierto sería gran bien y sería causa de librar así a la una república como a la otra de grandes males y de grandes trabajos a los que las rigen.<sup>18</sup>

<sup>18</sup> Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 3 v., edición preparada por Alfredo López Austin y Josefina García Quintana, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000, p. 921-924.

Grande es ciertamente el elogio que hizo Sahagún de lo que llamó “regimiento” o educación de los jóvenes, tanto muchachas como muchachos en los tiempos prehispánicos. Muy a tono con las ideas de su tiempo, expresó que los indígenas, de conformidad con la filosofía natural y moral, supieron contrarrestar todo lo que pudiera tener de pernicioso la naturaleza en la Nueva España, y las constelaciones que sobre ella reinan. Por eso en su educación, además de las enseñanzas de carácter intelectual, encaminaban a la gente joven con el necesario rigor “en austeridad y ocupaciones continuas en cosas provechosas”. Y tanto llegó a admirar fray Bernardino ese sistema de educación que afirmó que, si separaba de ese sistema todo lo que oliera a los antiguos ritos y supersticiones, debía ponerse de nuevo en vigor. Ello, no sólo para bien de los indígenas, sino aun para los que en la Nueva España integraban la que entonces llamaban “república de los españoles”.

Muy en consonancia con esto, el mismo franciscano, al tiempo en que escribió las palabras que he citado, distribuyó también en forma de capítulos los varios *huehuehtlahtolli*, testimonios de la antigua palabra, que había recogido años antes en Tlatelolco. Al que incluyó como capítulo XIX del libro VI del *Códice Florentino* le puso un título que corrobora su grande aprecio por la educación indígena. Refiriéndose al contenido de dicho *huehuehtlahtolli*, así como al que le precede, en los cuales el padre y la madre indígenas hablan como educadores de sus hijos, notó Sahagún:

Más aprovecharían estas dos pláticas, dichas en el púlpito, por el lenguaje y estilo en que están (*mutatis mutandis*) a los mozos y mozas, que otros muchos sermones.<sup>19</sup>

Eran precisamente estos *huehuehtlahtolli*, y los otros que hicieron transcribir también fray Andrés de Olmos y verosíblemente el jesuita Horacio Carocho, las más auténticas y elevadas expresiones de la sabiduría indígena. Relacionándolas con las enseñanzas que se impartían sobre todo en los *calmécac*, escuelas sacerdotales, puede decirse que hacen ver el meollo mismo de la que podemos llamar filosofía moral de los nahuas y la suma de sus conocimientos en torno al sentido de la vida, los misterios de la divinidad y el más allá. Razón plena tuvo Sahagún cuando, en el encabezado de otro de estos *huehuehtlahtolli*, escribió: “Pone muchas consideraciones al propósito, con

<sup>19</sup> Sahagún, *op. cit.*, II, p. 559.



maravillosas maneras de hablar y con delicadas metáforas y propi-  
simos vocablos”.<sup>20</sup>

## 5. SUMA DE IDEALES EN LA EDUCACIÓN DE LOS ANTIGUOS MEXICANOS

Tres testimonios indígenas aduciré y pondré en parangón con los elo-  
gios que hizo Sahagún del antiguo sistema educativo que desarrolla-  
ron los pueblos nahuas. Proviene estas expresiones indígenas de otros  
tantos *huehuehtlahtolli*. La primera es muy breve pero contundente. Se  
halla en un discurso de una madre indígena que, como maestra, se  
dirige a su hija y le dice:

Bien canta, bien habla, bien conversa con la gente; bien responde, bien  
dirigete a los otros. La palabra no es cosa que se compra [*Ahmo tlaco-  
hualli in tlahtolli*]<sup>21</sup>

Entre los elogios que se han hecho de la palabra, éste es cierta-  
mente uno de muy alto quilate. Siendo la palabra el atributo por exce-  
lencia del hombre (e incluso en el cristianismo, la palabra, el *logos*, se  
identifica con Dios), afirmar de ella que no puede venderse, equivale  
a decir que ni es posible fijarle un precio, ni de forma alguna ha de  
prostituirse. La palabra, con todas sus consecuencias, ha de ser siem-  
pre portadora de la verdad.

El segundo texto que citaré, porque en él también se reflejan los  
ideales de la educación prehispánica, nos habla de la significación del  
libro, el códice, el *amoxtli*. De él se dice:

Es el dechado, el ejemplo, lo admirable, lo que es la raíz, lo que tiene  
significación, tinta negra, tinta roja, el libro, lo pintado, lo escrito, lo  
que pintaron, lo que escribieron. Nunca se olvida, nunca parece su glo-  
ria, su fama, su renombre, su historia. Como se labra la piedra, la ma-  
dera, dejaron ellos [los padres, los abuelos] pinturas y escritos de sí:  
luz, antorcha, espejo.<sup>22</sup>

<sup>20</sup> *Ibid.*, II, p. 564.

<sup>21</sup> *Huehuehtlahtolli, testimonios de la antigua palabra*, estudio introductorio de Miguel León-  
Portilla, versión del texto náhuatl al castellano de Librado Silva Galeana, México, Comisión  
Nacional Conmemorativa del Encuentro de Dos Mundos, 1985, p. 389.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 315.

Así como la palabra se pronuncia y es aliento, también el libro es dechado, portador de verdad y saber. Hoy sabemos que sobre todo los mayas llegaron a desarrollar una forma completa de escritura. Esa escritura, acompañada de pinturas en sus libros era, como ya lo vimos, el otro principal medio para transmitir las enseñanzas en las antiguas escuelas indígenas. Palabra hablada, palabra escrita, tradición oral y libro, conllevan lo más alto del pensamiento y los ideales de una cultura.

El tercero y último de los textos que quiero presentar habla de las cualidades que debían tener los elegidos como sacerdotes supremos, aquellos que se llamaban *Totec tlamacazqui Quetzalcóatl*, Sacerdote de nuestro señor Quetzalcóatl, a cuyo cargo estaban, en última instancia, los centros de educación. He aquí lo que se dice de los atributos que le eran propios:

Aun cuando fuera pobre o miserable,  
aun cuando su madre y su padre  
fueran los pobres de los pobres [...],  
no se veía su linaje,  
sólo se atendía a su género de vida,  
a la pureza de su corazón,  
a su corazón bueno y humano,  
a su corazón firme.  
Se decía que tenía a Dios en su corazón,  
que era sabio en las cosas de Dios.<sup>23</sup>

A la luz de este supremo ideal se concibió el arte de formar rostros y corazones —la educación— entre los pueblos prehispánicos de México. Pasando por encima de diferencias sociales o económicas, sólo importaba lo más valioso del hombre: su corazón bueno, su corazón endiosado, que fuera sabio en verdad. Por eso, quien se acercaba a ese ideal, recibía el título de Quetzalcóatl. En él se cifraba el origen mismo de lo bueno y lo recto, sabiduría, firmeza y justicia, capacidad creadora, en suma, cuanto abarcaba la palabra *toltecáyotl*, el conjunto de lo alcanzado por los toltecas al tiempo de su máximo esplendor.

Tal es el meollo, diríamos el alma, de lo que en el México prehispánico significó la *tlacahuapahualiztli*, “acción de formar a los seres humanos”, la educación, concebida también como *teixtlamachiliztli*, vocablo cuya etimología es “sabiduría que se transmite a los rostros ajenos”.

<sup>23</sup> *Códice Florentino*, II, libro III, f. 67.



Antiguos códices, inscripciones e imágenes con la palabra de la tradición transvasada al alfabeto poco después de la Conquista, hacen posible este acercamiento a lo que no es mera recordación de un pasado, sino mensaje vivo, dechado, ejemplo, luz, tea que en nuestro propio tiempo ilumina y esclarece: hacer rostros sabios y corazones firmes, dueños de su destino. Tal es la esencia de esa forma de educación que —a la par que los legados de otras grandes culturas— es enseñanza perdurable para hombres y mujeres de los cuatro rumbos del mundo.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS